

Balcanes, 2007: ¿el espejismo europeísta?

Francisco Veiga

Profesor de Historia de la Europa oriental y Turquía
Universitat Autònoma de Barcelona (UAB)

Si hubiera que escoger un leitmotiv dominante en la actualidad informativa sobre los Balcanes a lo largo del año 2007, éste sería el del «regreso» de las grandes potencias a la región para disputarse entre sí las correspondientes zonas de influencia. Si bien en ningún momento las grandes potencias han estado ausentes de los Balcanes desde 1990, en 2007 el tira y afloja se ha explicitado sin disimulos. Los resultados de la pugna, sin embargo, sólo se podrán comprobar a lo largo del año 2008.

El efecto de esa acción ha seguido dos grandes ejes: las negociaciones para la integración en la Unión Europea (UE), plenamente rematadas por el ingreso de Rumania y Bulgaria en el club; y los tira y afloja entre Rusia por un lado y los Estados Unidos por otro en torno a las cuestiones geoestratégicas más candentes, en especial el estatus de Kosovo. Bruselas también ha tenido un marcado protagonismo en estas tensiones, como no podía ser menos. Aparentemente, actuando en un sentido relajador; pero en realidad, un núcleo muy concreto de miembros destacados había tomado partido por Washington. Estas tendencias afectaron a los países balcánicos en proceso de transición desde los regímenes en transición a partir del sistema socialista. En Grecia, país con un régimen social y político firmemente anclado en el liberalismo de corte occidental, han predominado el debate político y las crisis sociales ligados a la situación interna y a la nueva relación con el vecino turco.

El problema de Kosovo entra en nueva fase

El año 2007 marcó el término límite para la solución del contencioso de Kosovo a partir del plan desarrollado por el diplomático finlandés Martti Ahtisaari a lo largo del año anterior y respaldado por las Naciones Unidas. En febrero de 2007, Ahtisaari presentó a los líderes políticos de Belgrado y Pristina el borrador para una resolución del Consejo de Seguridad referida a la «independencia supervisada», que, sin embargo, no gustó ni a los serbios ni a los nacionalistas albaneses más radicales, especialmente al muy activo movimiento «*Vetëvendosje!*»: «¡Autodeterminación!» que organizó violentas manifestaciones en contra.

El plan inspirado en el ejemplarizante modelo de las islas Åland, que durante mucho tiempo fueron territorio de disputa entre Suecia y Finlandia, se basa en concederle a Kosovo una soberanía tutelada que no sería denominada formalmente como «independencia», aunque tampoco se haría referencia a ninguna forma de soberanía serbia sobre el territorio. Pero Kosovo tendría prerrogativas y símbolos propios de un Estado independiente, como una Constitución, bandera, himno y acceso a organismos que agrupan a países soberanos. Se nombraría un enviado internacional con poder de veto sobre la legislación y capacidad de destituir a funcionarios y a dirigentes. Los 100.000 serbios y miembros de otras comunidades que siguen en Kosovo, según el plan, tendrán una amplia autonomía y un porcentaje de representación en el Gobierno, el Parlamento, la policía y el funcionariado. Se incluía en el proyecto la posibilidad de que Kosovo contara con un ejército casi simbólico con 2.500 efectivos.

Rusia anunció que vetaría la resolución porque violaba implícitamente el concepto de soberanía nacional a escala internacional. Además, Moscú anunció que no respaldaría en el Consejo de Seguridad ninguna resolución que no fuera aceptada por albaneses de Kosovo y serbios. La situación llegó a un callejón sin salida a partir del 20 julio, cuando se comprobó que definitivamente, el plan no alcanzaría el necesario consenso en el Consejo de Seguridad. Sin embargo, en Bruselas ya había intención de hacerse cargo de la soberanía de Kosovo mucho antes del Plan Ahtisaari, por lo que ya en octubre de 2007 funcionarios estadounidenses y europeos se encontraban en Pristina «preparando la proclamación unilateral de la independencia de Kosovo, alquilando los locales y el personal necesario para ese fin». Se estaba lanzando lo que se denominaría Misión EULEX compuesta por expertos, policías y asesores para tutelar la gestión de las instituciones kosovares, tras la independencia, sustituyendo así paulatinamente a la administración de las Naciones Unidas. Asimismo, EULEX debería dotar a Kosovo de un poder judicial con garantías.

En Bruselas ya había intención de hacerse cargo de la soberanía de Kosovo mucho antes del Plan Ahtisaari

A partir de ese momento se puso en marcha lo que parecía proclamación inminente de la independencia de Kosovo, bajo el paraguas de la UE, aunque a la espera de las elecciones presidenciales serbias, que deberían celebrarse en febrero de 2008. Mientras tanto, se hacía perceptible el regreso de Rusia a la zona balcánica, marginada desde la campaña aérea de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) contra la última Yugoslavia, en la primavera de 1999. La gran potencia eslava estaba claramente revigorizada merced a un crecimiento económico sostenido, importantes inversiones de todo el mundo (sobre todo occidentales) tras recuperar el Estado el control de las fuentes de energía en manos de los oligarcas durante la era Yeltsin. Moscú volvía a dejar oír su voz en la zona balcánica, como era habitual desde el siglo XVIII.

Frente a esa potencia, el Presidente George W. Bush presionaba claramente para impulsar la independencia de Kosovo, especialmente en junio de 2007, durante su gira por Europa oriental y balcánica. En

Polonia y la República Checa, buscó corroborar el permiso de Varsovia y Praga para instalar un escudo antimisiles, en apariencia destinado a detener improbables ataques con cohetes estratégicos desde Corea del Norte o Irán. En Italia y Albania —donde existe una rendida admiración por todo lo norteamericano—, el Presidente Bush se mostró partidario de aceptar cualquier declaración unilateral de independencia desde Pristina. En parte, la maniobra era una respuesta a la oferta de Putin de instalar el sistema de alerta del escudo de misiles en la base rusa de Gabala, en Azerbaiyán, que le había encontrado desprevenido. Pero también formaba parte de una política muy conscientemente dirigida a entorpecer cualquier señal de acercamiento sostenido entre Bruselas y Moscú.

La segunda generación de balcánicos accede a la UE

Resulta difícil evaluar los resultados obtenidos por Rumania y Bulgaria como socios de la UE. Como era de esperar, las cifras macroeconómicas no resultan todavía demasiado concluyentes, máxime teniendo en cuenta que a lo largo de la segunda mitad del año se dejó sentir de forma creciente el impacto de la crisis financiera de las *subprime* que desde Wall Street golpeó los mercados financieros europeos. Cifras oficiales recientes sugieren que tanto en Rumania como en Bulgaria, la economía estaba sobrecalentada, debido a un incremento excesivo del consumo basado en la importación de bienes. Según Valentin Lazea, economista jefe del Banco Central de Rumania, el déficit exterior suponía el 14% del PIB, en comparación con el 10% de hace un año y el 8% de hace dos. En cuanto a la inflación, a partir de agosto comenzó a sobrepasar el 6%, en parte debido a la sequía, que afectó al coste de los alimentos de primera necesidad. De todas formas, el problema del recalentamiento de la economía afectaba también a Bulgaria, y en mayor proporción aún, dado que, por ejemplo, la tasa de inflación para Bulgaria en 2007 fue del 12,5% (7,3% en 2006) y su deuda externa se duplicó entre 2004 y 2007. En cuanto al PIB per cápita de ambos países, situado en el 38% de Rumania con respecto a la media de la UE, y de Bulgaria, situado en un 37%, era todavía uno de los más bajos de los 27 Estados miembros.

También en el caso de ambos socios, la corrupción seguía siendo una gran preocupación para Bruselas,

que ha llamado la atención en numerosas ocasiones a Bucarest y Sofía. De hecho, desde 2004, existe en Rumania una campaña anticorrupción («*Nu da șpagă*»: «No des propina») coordinada por Transparency Internacional y con el apoyo de la UE. En el ranking internacional de corrupción mundial que publicó Transparency Internacional en 2007, Rumania ocupaba el lugar 69 y Bulgaria el 64, sobre un total de 179 países, siendo Somalia y Myanmar los últimos de la clasificación. A título comparativo, Albania ocupaba el 105, Montenegro, Macedonia y Bosnia y Herzegovina compartían el 84 y Serbia se situaba en el 79; España detenta la vigésimo quinta posición, mientras que los países menos corruptos son Dinamarca, Finlandia y Nueva Zelanda.

Precisamente, la lucha contra la corrupción dio lugar a una espectacular pero confusa crisis de gobierno que sacudió a Rumania hasta mayo de 2007. El Presidente Traian Băsescu (Partido Democrático), que en 2004 había desbancado a su antecesor, el socialdemócrata Traian Nastase, se enfrentó a la dura oposición de los partidos mayoritarios en el Parlamento, y a su Primer Ministro y anterior aliado, Călin Popescu-Tăriceanu, del Partido Nacional Liberal. En la dura escalada, que estalló a raíz de la campaña contra la corrupción política que intentó lanzar el Presidente, el Partido Socialdemócrata inició, ya en enero, acciones para suspender de su cargo a Băsescu con el argumento de que había conculcado la Constitución. En abril, el Tribunal Constitucional absolvió al Presidente, pero de todas formas, a los pocos días una mayoría de diputados en el Parlamento votó por su suspensión. En el referéndum que siguió a continuación (20 de abril) el Presidente se apoyó directamente en la población; una mayoría suficiente le renovó su confianza y de esa forma recuperó el cargo, cerrándose la crisis. De todas formas, el espectáculo decía poco de la estabilidad y los modos políticos que se le suponían a un miembro de la UE, lo cual aumentó los celos de Bruselas.

Sin embargo y en líneas generales, a pesar de la lógica incertidumbre sobre los resultados económicos cosechados por Rumania y Bulgaria en su primer año como miembros de la UE, las expectativas expresadas por las autoridades de Bucarest y Sofía eran optimistas. En mayo de 2007, la rumana Comisión Nacional de Pronósticos anunciaba que pretendía alcanzar la mitad del nivel medio de vida de los países miembros de la UE en siete años, hasta 2013. El estudio consideraba que la adhesión de Rumania y Bulgaria se podía comparar con la de España y Portugal en

1985 y calculaba que Rumania podría recuperar en siete años más que la diferencia recuperada por Portugal en 22 años respecto al nivel de la UE.

Frente a estas apreciaciones cabe añadir que existieron otros niveles de análisis referidos a la evolución de Rumania y Bulgaria como nuevos socios comunitarios, que no fueron suficientemente divulgados. Destacan dos: las transformaciones del mercado de trabajo en el doble marco de la globalización y el espacio económico comunitario; y los efectos de la integración política en los conflictos interregionales. La primera de las cuestiones se manifestó en la emigración masiva de mano de obra, especialmente rumana, a lo largo del año 2007. En pocos meses se incrementó hasta alcanzar el medio millón de trabajadores emigrantes en Italia y otro tanto en España; en éste último país, sólo entre enero y septiembre, entraron más de 300.000 inmigrantes. Tal incremento de la afluencia no pudo dejar de tener efectos sociales en los países de acogida. En Italia incluso llegó a generar una crisis internacional cuando a comienzos de noviembre, el Gobierno llegó a firmar un decreto de expulsión masiva de ciudadanos rumanos a raíz del asesinato de una ciudadana italiana a manos de un delincuente de esa nacionalidad. La situación se salvó gracias a la intervención de las autoridades comunitarias y una visita del Primer Ministro rumano a la capital italiana el 7 de noviembre.

Sin embargo, en el trasfondo de la cuestión se advertían repercusiones políticas que podrían estar

La integración de Bulgaria y Rumania en la UE parecía no estar afectando negativamente a la temida reactivación de conflictos interregionales

apuntando a un nuevo fenómeno de alcance comunitario. En el otoño de 2006, el multimillonario rumano «Gigi» Becali, conocido como el «Berlusconi rumano», puso en marcha el proyecto de crear un Partido Independiente Rumano (PIR) con filiales en aquellos países de la UE que más población rumana albergaran, a fin de canalizar el derecho al voto de esa ciudadanía desplazada en las elecciones municipales de los respectivos lugares de acogida. El PIR no se presentó a las últimas elecciones municipales españolas, pero en todo caso, se postulaba como un interesante sujeto de estudio académico por

las implicaciones políticas y culturales que supone la experiencia, tanto en su país de origen como en el de destino, por lo que supone de aportación transcultural: la implantación de una forma de hacer política «a la balcánica» en una tradición diferente y en un macro contexto comunitario.

Los debates sobre la marcha de la integración rumana y búlgara en la UE y la marcha de la candidatura croata, parecían prefigurar un panorama de modernización social y económico de los Balcanes

De otra parte, la integración de Bulgaria y Rumania en la UE parecía no estar afectando negativamente a la temida reactivación de conflictos interregionales. Por ejemplo, los contenciosos o tensiones entre Hungría y Rumania en relación a Transilvania no se estaban tensando por el hecho de que ambos países fueran socios y vecinos con obligaciones efectivas o inminentes sobre movilidad y derechos de minorías. Algo similar ocurría con Bulgaria, aunque en este caso lo más significativo fue la incorporación de una minoría nacional turca al ámbito de la UE, por primera vez en su historia.

A modo de conclusión

Rumania y Bulgaria no fueron los únicos países balcánicos que sufrieron de inestabilidad política a lo largo de 2007. En Grecia, veterano socio de la UE, fueron convocadas elecciones generales para el 16 de septiembre, en las cuales el partido conservador

Nueva Democracia obtuvo la victoria con un 41,83% de los votos, dejando mal parado a su adversario tradicional, el PASOK, que entró en crisis. Sin embargo, el vencedor de los comicios, quienquiera que fuese, sabía que le quedaban por afrontar importantes reformas. Los arrasadores incendios del verano, los mayores de la historia del país, aportaron un dramático marco que prefiguraba esa necesidad inaplazable de reformas estructurales modernizadoras. Sin embargo, la puesta en marcha de los cambios, en un sentido neoliberal, desataron las protestas, que ya el 17 de diciembre se convirtieron en una huelga general contra los previsibles recortes en las prestaciones de la seguridad social.

Los conflictos en torno a cuestiones sociales como las que se manifestaban en Grecia a finales de 2007, unidos a los debates sobre la marcha de la integración rumana y búlgara en la UE y la marcha de la candidatura croata, parecían prefigurar un panorama de modernización social y económico de los Balcanes, dejando cada vez más de lado los obsesivos conflictos nacionalistas o interétnicos que, en todo caso, se aseguraba que se resolverían por sí solos cuando toda la zona estuviera comprometida de lleno en el proceso de integración europea. En todo caso, la gran incógnita, en diciembre de 2007, radicaba en la forma en que los diversos Estados de la península, comenzando por Serbia, y la nueva potencia que era Rusia, responderían ante la ya más que previsible autoproclamación de la independencia anunciada por las autoridades albanesas de Kosovo y respaldada por Washington y Bruselas.

Referencias

WOOD Nicholas, «Momentum Seems to Build for an Independent Kosovo», en *The New York Times*, October 2, 2007